

La Escuela de Ingenieros Agrónomos

será inaugurada en mayo

Una mina marxista destruyó el ala derecha del edificio.

Constituyó la posición más avanzada del cerco de Madrid y en ella las guardias de los soldados duraban sólo cinco minutos.

EN la magna tarea reconstructiva de nuestros Centros docentes, que ha iniciado con extraordinaria actividad el Ministerio de Educación Nacional, ocupa el primer plano de la actualidad madrileña, la habilitación de la Escuela de Ingenieros Agrónomos. En el delicioso paraje de la Moncloa, que alteró la guerra con trágicas jornadas, cuadrillas de obreros proceden, con rapidez, a la reconstrucción del primer Centro agronómico de España, que exhibe aún, con orgullo, sus muñones sangrientos, símbolo del heroísmo de sus defensores.

El más bello emplazamiento.

En los vergeles floridos de la Moncloa, acotó Carlos III la heredad real de la Florida, en los años 1792 y 1803. Celoso el Monarca de la belleza del paisaje, reservóse para sí y sus sucesores aquel trozo del campo madrileño, que agrupaba los heredamientos de «La Florida», Montaña del Príncipe Pío, Cuesta de Harineros (más tarde de Areneros), la Granjilla, los huertos de La Moncloa, del Botánico, de los Alamos, Paseo Viejo, Alba y del Bordador, y los terrenos de Belén, San Bernardino y Cerro del Pimiento. Remozó su verdor y lozanía, intensificó su arboleda, y erigió hermosos edificios, para recreo del cuerpo y del espíritu.

A la «Casa de Labor», encuadrada en el bello recinto real, fué trasladada, en 1869, la Escuela de Agricultura, más tarde de Ingenieros Agrónomos. Ancho campo de experimentación se ofrecía a los alumnos para practicar las enseñanzas teóricas que recibían en las aulas. En aquel paraje real, abierto a las fuertes pinceladas del costumbrismo madrileño,

fueron surgiendo instituciones y edificios, que convirtieron nuestra Escuela Agronómica en una de las mejores del mundo. Porque a su alrededor se levantaron las Estaciones de Ensayo de Máquinas, de Fitopatología, Agronómica y la de Semillas; se cultivaron hectáreas de terreno y se plantaron viñedos; se almacenaron muestras de los vinos todos de España, para formar la famosa bodega, y se pusieron en práctica todos los sistemas de riego y de labranza.

Desde aquella atalaya, «pulmón de la corte», el campo podía mirar con orgullo a la ciudad.

La guardia de cinco minutos.

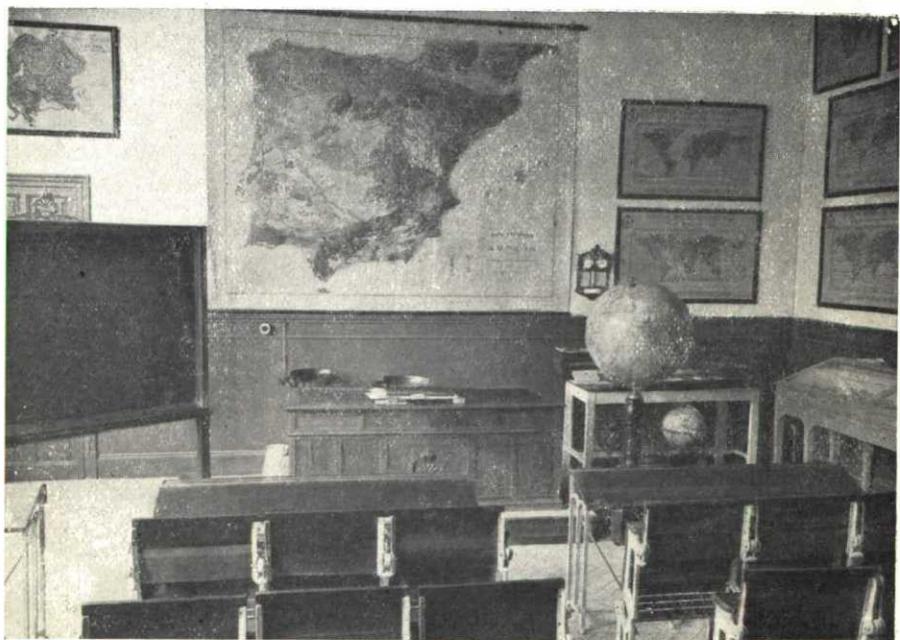
Hasta aquellos campos floridos, vergel de la campiña madrileña, llegó la guerra con fuego de primera línea. En su rápido avance hacia Madrid, los soldados de Franco fijaron la avanzadilla de sus vanguardias en la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Desde aquella posición dominaban la ciudad esclava del marxismo, y durante veintinueve meses resistieron los rudos embates de la horda, sin ceder un ápice del terreno, cuyas conquistas jalonaron de victorias y heroísmos. Impotente el enemigo para luchar a campo descubierto, apeló a las minas, y la explosión de una de ellas levantó por el aire el ala derecha del edificio, que, al caer pulverizada, sepultó entre los escombros a una compañía del Regimiento del Serrallo y del Tercio, que allí prestaban servicio.

Día tras día, la guerra iba arrancando girones del sólido edificio, cuyas aulas, desnudas de mobiliario, ocupaban ahora otros muchachos, empeñados en la defensa de España. Modernísimas instalaciones, viveros de semillas, campos de experimentación agrícola, todo fué arrasado. Quedó destruída en unas horas la labor de tantos años.

Sobre las ruinas montaban su guardia las fuerzas sitiadoras. Contra ellas descargaba el enemigo rudos y continuados ataques. Mas una avanzadilla, situada delante del Paraninfo de la Escuela, fué objeto de especial empeño marxista. Allí se hacía la guardia de cinco minutos, así llamada porque los centinelas se relevaban a cada momento. Tal era la intensidad del fuego enemigo. Una lápida perpetuará la gesta heroica de aquellas trágicas guardias que no duraban más de cinco minutos.



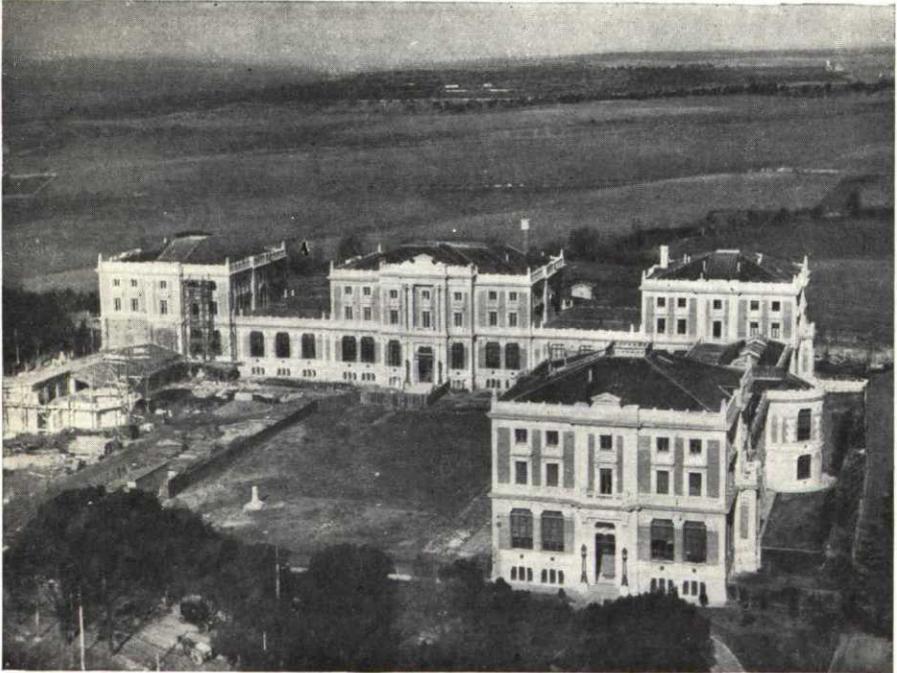
Un aspecto de la biblioteca.



Un aula de la escuela.



El laboratorio durante una de las clases.



Vista de conjunto del edificio.

En mayo, la inauguración.

La solidez del edificio, construido con arreglo a los principios de la técnica moderna, impidió que los destrozos causados por los rojos fuesen mayores. Sus gruesos muros, de mampostería y ladrillo rejuntado, resistieron los embates de la horda. El edificio tenía la forma de una U, de la que desapareció la mitad por la explosión de la mina subterránea. Los trabajos de reconstrucción se limitan por el momento a la habilitación de la mitad de la U, que quedó en pie, aunque muy deteriorada, y al descombro del ingente montón de cascotes, hierros y ladrillos, en que quedó convertida la otra mitad, y que sirve de sepultura a los héroes que perecieron en la explosión. Se han tapado ya las numerosas trincheras que circundaban el edificio y se han limpiado aquellos terrenos de los morteros y bombas enterradas sin explotar. Los cadáveres de los abnegados defensores de la Escuela que aparecían casi a flor de tierra, han sido transportados al Cementerio, y ante la imposibilidad de localizar otros enterramientos, se ha desistido de levantar de nuevo el ala derruida del edificio, cuya ampliación se conseguirá por el extremo que quedó en pie. Donde hoy se almacenan escombros, surgirán en breve jardines y paseos, que constituirán un bello acceso a la Escuela.

La planta que ahora se habilita, comprende las siguientes dependencias: el vestíbulo espacioso, donde se colocará una lápida que honre a los Ingenieros Agrónomos caídos en la Cruzada; local del S. E. U.; Bibliotecas de Profesores y de alumnos; despachos del Director y del Secretario; Sala de visitas y dependencias de la Secretaría; cuatro aulas espaciosas y cuatro salas de laboratorios, entre ellos los de microscopía y de manipulaciones químicas. El Paraninfo, situado en esta planta baja, será también reconstruido tal como se encontraba antes de la guerra.

Aunque esta parte del edificio quedó en pie, no han sido escasos los trabajos de reconstrucción. Todos los techos han sido guarnecidos y apuntalados los huecos de las ventanas y puertas. La labor de carpintería ha sido nueva toda ella. No quedaron puertas ni ventanas y los marcos fueron también arrancados. Nuevos serán también el mobiliario y material de enseñanza.

Las obras prosiguen con un ritmo velocísimo. Se quiere estén termi-

nadas en el próximo mayo, para que en el curso venidero puedan ya darse las clases en el antiguo edificio. El esfuerzo gigantesco de Arquitectos y Aparejadores corre parejas con el entusiasmo de los Catedráticos. La actual instalación de la Escuela, en la calle de Amor de Dios, es pobre y no responde al incremento que han tomado recientemente los estudios agronómicos. Su Director, D. Juan Marcilla Arrazola, y el Secretario, don José María de Soroa, alientan el resurgir del Centro, secundados por todos los Profesores, especialmente por el Ingeniero Sr. Revuelta, a quien se debe la reconstrucción del campo experimental, situado enfrente de la Escuela y que contaba con muestras de todas las semillas.

Pero la aspiración del Ministerio no se limita a esto sólo. Actualmente se redactan proyectos y se levantan planos, que abarcan la total reconstrucción del edificio y de las dependencias anejas. La Escuela volverá a contar con el magnífico material topográfico que desapareció totalmente; con la casa de semillas y el taller mecánico de tractores; con sus campos de experimentación y su bodega famosa. Empeño tenaz y decidido de nuestra primera autoridad docente, es, secundando los deseos de nuestro invicto Caudillo, devolver a España, ampliados y mejorados, todos los centros de cultura destruidos durante la guerra.

Muy en breve, en aquel delicioso paraje de la Moncloa, mansión del saber y de la cultura, donde tantos edificios nos hablan del heroísmo de los soldados de Franco, España podrá volver de nuevo su mirada al campo para formar legiones de ingenieros que acrecienten con sabias directrices nuestra espléndida riqueza agrícola.